

Juan avanzaba resueltamente.

Era cuestión de poner término á una situación que empezaba á ser embarazosa desde el día anterior.

Sobre todo, el hombre debe apurar todos los recursos antes de decidirse á morir de hambre en el hueco tronco de un árbol.

En aquel momento desaparecían de su imaginación toda clase de disculpas.

No quería engañar á su tío..., ni aun en el asunto de muchachas bonitas que pudiesen lavar ropa en sitio donde fueren vistas.

Llegó resueltamente al monasterio, y llamó en la portería.

El hermano no le conoció al pronto.

La ausencia del joven duró dos años; además, no le había visto nunca con traje seglar.

Tuvo precisión de fijarse mucho.

Juan se había olvidado de su bigote, que le daba cierto aspecto militar.

El lego empezó á hacerse cruces luégo que aquél dijo que deseaba hablar á su tío.

Tras de las cruces vinieron las preguntas.

No hay seres á quienes se ocurra más que á un lego y á una monja.

Pero Juan le atajó diciendo que tenía prisa.

El padre prior estaba durmiendo la siesta.

Primera contrariedad.

El joven se brindó á despertarle por sí mismo, cosa que negaba la etiqueta monacal.

No obstante, en vista de la insistencia del mancebo, el lego se brindó á incurrir en el desagrado del reverendo, que de fijo se enojaría, como todo fraile cuya siesta interrumpen.

—Me brindo á ello,—dijo,—porque me consta que va á quedar sorprendido: no podéis figuraros lo que su reverencia se acuerda de su *pícaro sobrino*. Perdonad, pero no le he oído llamaros de otro modo.

—¿Conque se acuerda de mí?—exclamó Juan, teniendo aquello por de buen augurio.

—¡Ya lo creo!... Y más de una vez nos ha hecho rezar en el coro por la salvación de vuestra alma.

—¡Gracias, hermano! No dudo que esas oraciones han encaminado mis pasos á esta santa morada.

—¿De veras?

—Como os lo digo; vuelvo arrepentido de mis antiguos errores, como la oveja descarriada.

—¡No va á alegrarse poco su reverencia!

—Conque, hermano, si tuviera la bondad de avisarle...

—Voy al punto, y crea que sólo en su obsequio me atrevo á interrumpir...

—Pero ¿no decís que se acuerda tanto de mí? Pues en el momento en que sepa que espero su venia para presentarme...

—No obstante, valía más que no estuviese durmiendo la siesta...

El lego partió á desempeñar su cometido.

En aquel momento, el corazón de Juan latía fuerte-

mente, como el del soldado que espera la orden para atacar una trinchera defendida por una batería.

Desde luégo era un mal que su tío estuviese durmiendo la siesta.

A menos que no tomase como buena noticia la vuelta de su sobrino.

Siempre debía lisonjearle un poco que se hubiera acordado de él, de sus máximas, que le hacían renunciar al mundo y sus pompas...

Aunque, respecto á pompas, Juan no las había tenido más que fúnebres.

Fray Bernardo dormía como duerme un fraile después de comer, en la inteligencia de que ningún jerónimo comía mal.

El lego tuvo que dar tres ó cuatro veces con los nudillos en la puerta prioral.

Por último, su reverencia se despertó.

Si en aquel momento le hubieran dicho que el hombre que deseaba hablarle era el gran Mogol, tal vez se hubiera sorprendido menos que al saber que era su sobrino.

Perdonó al lego la incomodidad que le causaba en gracia de la sorpresa.

¿Qué podía quererle Juan?

¿Qué significaba su presencia allí?

Pronto iba á saberlo.

Juan subía ya la escalera que conducía al claustro donde estaba la celda prioral.

Se oían sus pasos sobre el enlosado.

Aquellos pasos eran tímidos, como cuando su tío le llamaba para reprenderle por no saberse los temas.

Fray Bernardo sonreía en su interior.

El lego no había afirmado una mentira al decir que el prior tenía muy presente á su sobrino.

—¿Qué será de ese belitre?—solía exclamar en sus momentos de buen humor.

Por último, se oyó un golpe dado humildemente en la puerta, y una voz que decía:

—¡Adelante!

Aquel momento le emplearon tío y sobrino en aderezar su semblante con arreglo á las circunstancias.

El prior tomó un ademán tan grave como humilde era el gesto del mozo.

Juan se sintió enternecido al entrar en la celda; cayó á los pies de su tío, le asió la mano y la besó.

En aquel movimiento no hubo nada de farsa.

No en balde había pasado cuatro años viviendo bajo el mismo techo.

El prior estaba mudo como una esfinge: la dignidad le obligaba á esperar que hablase su sobrino.

—Señor,—le dijo éste,—no sé si mi arrepentimiento será suficiente para atraer vuestras bondades sobre mi cabeza..., para que me perdonéis.

—Y ¿de qué os arrepentís?

—De haberos ofendido, partiendo de vuestro lado cuando tan obligado me teníais.

—Y ¿habéis necesitado tanto tiempo para reconocer vuestro error?

—Lo principal es que le haya reconocido.

—Tenéis razón... Cuando el arrepentimiento es sincero...

—El mío no puede serlo más.

—Y ¿qué habéis hecho en esos dos años?

Juan se lo refirió todo.

Fray Bernardo frunció el ceño cuando su sobrino le habló de Olavide.

—¿Os habéis comunicado mucho con ese relapso?— preguntó.

—Sólo le he visto dos veces.

—Porque, en caso contrario, no podía yo admitiros en la casa sin que hicierais pública protestación de fe.

—Si hay peligro en frecuentar su compañía, os juro que sólo dos veces he cruzado con él mis palabras.

—¿Ha sido alguna de ellas ahora?

—¿Cómo, estando en Sevilla!

—¡Ah!...

Esta exclamación del reverendo fué un tanto equívoca.

Pero entonces no llamó la atención de Juan.

El prior prosiguió:

—Conque sabiendo que procedíais del claustro, ¿no se le ocurrió hacer de vos más que un guardia valón?

—Mía fué la culpa, señor. Yo opté entonces por la carrera militar.

—¡Carrera de perdición, que expone al hombre... á

lo que á vos os ha expuesto! A morir en un patibulo por contravenir las disposiciones de la justicia.

—Yo sólo quise hacer un favor á un amigo.

—Y ¿os atrevéis á llamar amigo al hombre que dispara un arma de fuego sobre su padre?

—Creo que las circunstancias en que se vió eran difíciles.

—¡Jesús, qué blasfemia!... Sólo falta que le disculpéis...; pero, ¡es claro!... ¡después de haber hablado con ese descreído Olavide!...

—Dos veces no más, —repitió el joven, sin comprender que su tío don Pablo podía causar la indignación del reverendo.

—Con una basta y sobra para contagiarse... Y ¿á qué venís?

—¿No lo habéis oído, señor? Me trae el arrepentimiento..., el deseo de enmendar mis errores..., de obtener vuestro perdón...

—¿Es decir que queréis volver al claustro?

—Sí me creéis digno de ello...

—¿Que continuaréis vuestros estudios?

—Eso quisiera...

—Pero es necesario saber si vuestra vocación es decidida y sincero vuestro arrepentimiento.

—¡Ah señor..., no lo dudéis!...

—Es que así como hoy es día de regocijo para la comunidad si os quedáis, lo sería de escándalo mañana en que por cualquier otra circunstancia variaseis de modo de pensar.

—Os juro que no; vengo completamente arrepentido y deseando...

—Quiero creerlos.

—¡Oh, gracias!

Y Juan cayó á sus pies, viendo cuán fácilmente se dejaba convencer aquel más bondadoso de los tíos y más complaciente de los priores.

—No caminemos tan de prisa, —dijo éste, levantándole;—aun es preciso hacer algo antes de presentarnos á la comunidad.

El joven, en la inteligencia de que sólo se trataba de mudar de traje, exclamó:

—Mandad..., disponed...; estoy resuelto á todo.

—Traéis con vos la levadura del mundo, la levadura del cuartel, la de Olavide, en fin, que es la peor de todas las levaduras, y es preciso que os purifiquéis en la piscina de la gracia.

—Pero, señor, ¿qué habrá hecho mi tío Olavide? —decía para sus adentros el joven.

Aquél prosiguió:

—Para que la purificación sea completa y ejerza en vuestra alma un influjo favorable, es preciso que hagáis penitencia.

—La haré.

—No se trata de un estudiante que ha descuidado sus deberes, sino de un hombre que, poco ó mucho, ha tenido algún trato con el diablo.

—¡Pero, tío!...

—Y vos le habéis tenido.

—¡Ah!...

—Os despojaréis de esa ropa mundana, vistiendo sobre vuestras carnes pecadoras el ropón del penitente...; pero esto es poco aún.

Juan se estremeció de aquello que su tío llamaba poco, aun cuando no creyó que se tratara de desollarle como á San Bartolomé. •

—Permaneceréis treinta días en el *in pace* del monasterio, sin tomar otro alimento que pan y agua, y eso una vez cada veinticuatro horas; emplearéis todo el tiempo en la oración; y cuando os venza el sueño, una mano vigilante descargará sobre vos unas disciplinas con todas las condiciones necesarias para el caso. Y si salís bien, como espero, de tan ruda prueba, desempeñaréis en el monasterio por espacio de un año los oficios más viles, siendo el criado de los legos y estando bajo su dependencia. Y aun si de esta prueba salís bien...

Juan, perdiendo completamente los estribos al oír aquel programa de pruebas, que equivalían á condenarle á muerte, le interrumpió, diciendo:

—Basta, no prosigáis; necesito tener muy en cuenta el respeto que me inspiran vuestras canas y los lazos del parentesco para no arrojaros por esa ventana.

—¡Cómo!—exclamó el prior, desagradablemente sorprendido.

—A un hombre se le estrangula, se le mata, se le aplasta, que todo esto, al fin y al cabo, es más noble

que el sujetarle al prolongado tormento de un año, en el cual se lacera su cuerpo, y se abofetea su dignidad, y se espanta el arrepentimiento que pudiera albergar en el alma.

— ¡Qué dice! ¡Está loco! — exclamó el prior, elevando sus manos al cielo.

— No; pero lo estaría si me sujetara á ese cúmulo de crueldades que queréis ejercer conmigo. Vengo arrepentido, ¡bien lo sabe Dios! Vengo deseoso de borrar pasados errores; y en vez de encontrarme con un recibimiento cariñoso que afirme mis buenos propósitos, me encuentro con un pariente despiadado y cruel, que desarrolla á mis ojos todo un programa de verdugo...

— ¡Señor sobrino!...

— No he concluído aún... Vuestros conventos, que debían ser casas de oración, de paz y de mansedumbre, donde el alma llagada por el mundo encontrase el bálsamo consolador que destila la doctrina de Jesucristo, no son más que antros que espantan al prevaricador que se arrepiente, nidos de cuervos que esperan á la víctima para sacarla los ojos, albergues de vampiros y cubiles de lobos para sorberse su sangre y desgarrar sus carnes...

— ¡Padre amantísimo, perdónale, porque no sabe lo que se dice ni lo que se hace!

— ¡Lo que os pesa es que lo sepa tanto!... ¡Que haya penetrado hasta el fondo de vuestros corazones! No quiero nada de vos ni de los vuestros... Haced

cuenta que no tenéis tal sobrino, como yo me la hago de que no tengo un buitre entre mis parientes, y que Dios os perdone el mal que me causáis...

—¡Pero oye!... ¡atiende!... ¡escucha!...

Juan no le oía.

Después de dar un fuerte golpe á la puerta de la celda, bajaba como un huracán, saltando de cuatro en cuatro los peñaños de la escalera.

La comunidad, advertida por el hermano portero, le esperaba en el claustro para darle la enhorabuena.

Pero en vez de una mansa oveja se encontraron con un lobo.

Los monjes, atónitos al verle salir, le abrieron paso.

Juan derribó á dos ó tres que no se apartaron tan pronto, y salió al campo.

Entre tanto apareció el prior en lo alto de la escalera, diciendo á la comunidad:

—¡Dejad pasar á ese hidrófobo!... ¡Lleva la levadura de Olavide!... ¡Dejadle pasar..., y que no vuelva!





CAPITULO XIII

¡Con la Inquisición, chitón!



UAN se detuvo en medio del Prado para respirar con fuerza, porque faltaba aire á sus pulmones.

Un paso más le hubiera hecho caer asfixiado por completo.

Se quitó el sombrero, enjugándose la frente con su pañuelo.

Allí hizo un llamamiento á la reflexión.

¿Qué le había pasado?

Una indignidad que no tenía motivo para esperar de su tío, ni éste derecho para ejercerla con él.

El prior podía no haberle recibido, pero de ningún

modo insultarle, hiriéndole en su dignidad de hombre, tomando por pretexto la religión.

No, así no se ejercía.

Espantar á un alma que va humilde y contrita, es ejercer un oficio de verdugo, muy poco envidiable.

La penitencia debe fijarse en cosas serias, no en cosas ridículas y hasta grotescas.

Privarle á un hombre del alimento necesario, encerrarle como una bestia en aquellos horribles *in pace* de conventos y monasterios, es una cosa cruel.

Pero fustigarle las carnes cuando el sueño le vence, es una cosa mucho peor que cruel, porque es ridícula.

¿Qué concepto puede formar de sus semejantes el hombre que resista tan rudas pruebas?

¿Qué de la religión que emplea tales medios para probar la fe?

Juan oyó resonar en sus oídos una frase, en la que estaba el nombre de Olavide.

—¡Ese es mi tío!—exclamó.—¡Ese es mi pariente!... ¡Ese me ve llegar á él desnudo, hambriento y sediento, y sacia mi hambre, temple mi sed, cubre mi desnudez, sin preguntar dónde voy ni de dónde vengo..., sin ocurrírsele infligirme el menor castigo! A ése me dirijo...; si no está en Madrid, sabré dónde puedo verle...; la persona que haya en su casa no negará un pedazo de pan á su sobrino; y aunque sea á pie, iré hasta donde se encuentre, para echarme á sus plantas y pedirle perdón por haber preferido á su discreta largueza los sermo-

nes de un fraile egoísta, que no tiene más que pan y agua para el que, falto de aliento, le pide alguna cosa más.

Juan tomó el camino de la calle de Leganitos.

Poco á poco fué serenándose.

A medida que lo conseguía, iba recordando la escena del convento, y no pudo menos de reírse en su interior al recordar la cara que puso su tío oyendo sus descompuestas razones.

El mal consistió en que el prior creyó que no habían pasado aquellos cuatro años.

Juan salió de allí cuando era un niño por su inexperiencia del mundo, y aquél creyó que era el mismo niño el que volvía.

No reparó en que su bozo era ya bigote, ni en que aquel niño había frecuentado el trato de los hombres y tirado de su espada alguna vez.

El prior creyó que todo estaba remediado con un castigo de estudiante.

Cuando se apercibió de su error, ya era tarde.

En cambio había oído cosas muy buenas.

Juan no podía ocultar sus veintitrés años; y aun cuando su situación era crítica, le hacia gracia su desparramo en presencia del prior.

—¡Pobre tío!—exclamaba.—La verdad es que yo he estado algo duro con él...; pero, ¡caramba!..., ¡no pretendía él estarlo menos conmigo!... En fin, veamos si yo adquiero noticias de mi buen tío Olavide..., y so-

bre todo, si encuentro un alma caritativa que me dé un pedazo de pan.

Aun cuando la distancia que separaba el Prado de la calle de Leganitos era grande, Juan la recorrió en media hora, gracias á sus piernas de veintitrés años, aun cuando aquel día las había puesto á prueba.

Atravesó la plaza de Santo Domingo, penetrando en la calle que buscaba.

Desde luégo llamó su atención un grupo de gente que había á uno y otro lado mirando hacia los balcones.

En la puerta de la casa vió dos alguaciles del Santo Oficio, que le miraron de cierto modo al entrar.

Subió la ancha escalera con el corazón algo oprimido, porque aquel encuentro no era para tranquilizar á nadie.

Sin embargo, no creyó que se tratase de su tío.

Olavide, bien quisto en la corte, no debía temer nada.

Es verdad que en la corte es donde más rápidamente cambian las fortunas.

Al llegar al descanso donde estaba la gran puerta de entrada, vió que otros dos alguaciles, en presencia de un escribano, la cerraban, poniéndole los sellos de la Inquisición, en señal de que allí no debía intervenir nadie más que el Santo Oficio.

Era imposible dudar que se trataba de su tío.

Y por si acaso persistía la duda, se la desvaneció el escribano.

Al ver que el joven se detenía allí, preguntó con modales nada escogidos para quien no le había faltado:

—¿A quién buscáis?

—Al señor don Pablo Olavide,—contestó el mancebo.

El escribano se encogió de hombros.

—¿No está?—preguntó aquél.

—Bien veis que no, puesto que sellamos su casa; no habíamos de dejarle ahí encerrado. Está en los calabozos del Santo Oficio.

El mancebo, algo picado, contestó:

—Pues bien veis que, encierro por encierro, lo mismo podíais haberle dejado en su casa.

En seguida, y recordando aquello de «¡con la Inquisición, chitón!», descendió rápidamente la escalera, pesaroso de haber hablado tanto.

Apenas puso el pie en la calle, oyó una voz de mujer que le decía:

—¡Don Juan!... ¡Señor don Juan!

El joven volvió la cabeza.

En el portal de una casa inmediata hablaban dos mujeres.

Creyó reconocer á la que le llamaba, aunque no recordó dónde ni cuándo la había visto.

La otra le hizo una seña con la mano, diciéndole cuando aquél se acercó:

—Aunque sólo he tenido el gusto de veros dos veces, os he reconocido en seguida.

—Yo también creo... Si quisierais ayudar mi memoria...

—He servido en calidad de ama de gobierno á vuestro tío el señor don Pablo.

—En efecto, ahora recuerdo haberos visto en su casa.

—¿Venís á buscarle?

—Sí.

—¿Conque no sabéis lo que sucede?

—Me ha dicho el escribano que está preso...

—¡Pobre señor!... ¡ay, sí!... ¡es muy cierto que lo está!...

—Pero...

—Vino hace poco de Sevilla; en el momento de presentarse le prendieron, y la Inquisición ha estado algunos días en su casa registrando sus papeles, y ahora se emplea en poner los sellos á todos los armarios y puertas... Han cometido la indignidad de no dejarme permanecer en la casa, consintiendo á duras penas en que sacara mi ropa; y á no ser por esta vecina...

—Pero ¿de qué le acusan?

—No lo sé... Creo que es cosa de allá de Sierra Morena...

—Y ¿no es permitido verle?

—Estando en los calabozos de la Inquisición, ¿quién piensa en ello? ¡Jesús! ¡Dios nos libret!... Pero si yo puedo serviros en alguna cosa...

—¡Mil gracias! ¿Cómo os llamáis?

—Úrsula, para servir á Dios y á vuestra merced.

—Pues bien, Úrsula, quisiera veros mañana, por si tenéis alguna noticia de mi pobre tío... Naturalmente, vos podéis saber de él antes que yo.

—Me tenéis aquí á vuestra disposición á cualquier hora del día...

—Entonces nos veremos mañana.

—¡Válgame Dios qué desgracia!... ¡Y qué bien vivíamos aquí!... Pero vuestro tío, corriendo tanto... ¡Es claro!..., el que mucho corre, por fuerza ha de tropezar y de caer alguna vez.

Juan se despidió del ama de gobierno, y partió de allí desesperado, con la muerte en el corazón.

Entre dos tíos, no podía disponer de ninguno: el prior le arrojaba de su lado, pues á esto equivalía el ofrecerle pan y agua y mortificación; y el otro, en quien más confiaba, estaba preso.

En aquel momento, y sin saber por qué, se acordó de la exclamación del prior cuando le preguntó si le había visto antes de acudir á él, en el mismo día.

¿Sabía fray Bernardo algo sobre su suerte?

El corazón le decía que sí; pero ¿por qué habérselo ocultado?

También le llamó relapso, y dijo que la levadura de Olavide era la peor de las levaduras.

Esto coincidía un tanto con su prisión.

Indudablemente el prior sabía algo, en cuyo caso su conducta era solapada, porque en vez de hablar se había callado.

Fuera como fuera, tuviera conocimiento de ello ó no, nada importaba para la esencia del hecho; su tío era víctima de una desgracia que convenía conocer.

Aunque ¿para qué?

¿Podía él auxiliarle en algo, careciendo de todo en absoluto?

Porque la situación de Olavide agravaba la suya en tales términos, que ya sólo podía esperar la miseria como corolario.

Sin embargo, digámoslo en su obsequio.

En aquel momento sólo le ocupaba la desgracia de aquél.

Desdicha, y no pequeña, era estar preso; pero estarlo por la Inquisición, complicaba el asunto más inocente.

Los dichos del vulgo tienen su razón de ser, y el que afirmaba que con la Inquisición, chitón, decía una gran verdad.

Y eso que entonces el Santo Oficio era un tribunal que había venido á menos.

Distaba mucho de su antigua preponderancia del tiempo de Felipe II.

Había perdido la parte sombría que le distinguiera en aquel período: sus calabozos no tenían ya plétora de cuerpos humanos, y los hierros de sus tormentos se enmohecían en la inacción.

En tiempo de Carlos III, digámoslo en honra suya, ningún árbol había dado leña para alimentar sus hogueras, que parecían tener algo del fuego del infierno; y

el espíritu luminoso de la época, que se cernía en todas partes, hacía cambiar de oficio á aquellos sayones infames que amasaban su pan con lágrimas, casi siempre inocentes, que bañaban sus manos prevaricadoras en sangre de las víctimas.

Pero los antiguos recuerdos hacían que se pronunciase aún con más horror que respeto el nombre de aquel tribunal, y no era ninguna dicha ingresar en las cárceles de la Inquisición.

Juan no desesperaba del todo respecto de su tío, sabiendo que contaba en la corte con muchas y muy buenas relaciones, empezando por el mismo rey.

Había estado preso otra vez cuando se le hizo venir de Suiza, y salió incólume.

Pero entonces la Inquisición no había tenido nada que ver con él; fué un tribunal civil el que le juzgó y dictó su absolución.

Lo principal era saber de qué se le acusaba.

Pero ¿por qué medios?

Esta idea le llevó naturalmente á pensar en su amigo el joven vizconde de Massi.

A estar en otra situación, nadie mejor que él le hubiera enterado.

Pero no podía acercarse á él ni á ninguno de su familia.

El estado del pobre Rogelio era sin duda mucho más grave que el de Olavide.

Por lo menos, el padre de éste no se prestaba á ninguna agresión, porque no vivía.

Ello es que Juan tuvo que contentarse con sus buenos deseos respecto á su tío, pues carecía de medios para saber de su situación.

Un fuerte dolor de estómago que sintió en aquel momento le hizo pensar algo en la suya.

Estaba anocheciendo, y el pobre joven no había comido nada desde la víspera.

Era muy natural que su estómago le hiciese aquella advertencia.

Pero entonces...

¡Qué horror!

¡Pobrecillo! ¿Qué habría sido de él?

Nos referimos á Antonio, de quien Juan no había vuelto á acordarse hasta aquel momento.

Antonio, metido en una hostería desde las doce de la tarde, esperando su vuelta con algún dinero del reverendo prior para redimirle de aquella cautividad.

¿Qué pensaría de su amo en aquel momento?

Era indudable que estaría en algún cuerpo de guardia detenido por insolvente.

La verdad es que Zúñiga no tuvo tiempo de pensar en él.

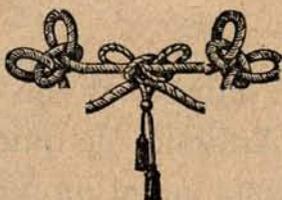
Las peripecias que le habían ocurrido durante aquel día se lo estorbaron.

Primero el monasterio, luégo la Inquisición.

¡Oh! Era preciso buscarle, dar con él, por más

que no tuviese medios para remediar su situación, que debía ser aflictiva.

En el espacio de tantas horas se habría visto obligado á cantar la palinodia, y por lo menos no habría podido escapar sin una buena paliza para hacer la digestión del almuerzo.





CAPITULO XIV

Donde menos se piensa... salta una cena.



IRIGIÓSE inmediatamente á la hostería de la calle Mayor, donde le hubo dejado por la mañana.

Pero no sabía cómo preguntar, porque allí, de fijo, ignoraban su nombre.

Sin embargo, tenía un dato, y entró.

Era la hora clásica en que los bebedores se reunían en cóncave.

Cada cual había salido de sus faenas.

Sin embargo de que el público de las hosterías era muy distinto del que frecuentaba las tabernas.

La hostería era como la fonda de hoy, aunque algo más democratizada.

No había en su lista esos nombres extranjeros que engañan el estómago, empezando por engañar la vista.

Allí se servían platos enteramente nacionales.

Era la cocina española la que brillaba en todo su esplendor en aquellos establecimientos.

El clásico *guisado* de vaca ó de carnero con patatas y otros misterios, el *jigote*, la *chanfaina*, la *ropa vieja*, los *callos*.

Estos eran los platos de salsa.

Después había cabrito ó cordero asado, y también ternera fiambre.

Pero el que no tenía hambre, y sí sed, podía beber buen vino, con tal de que lo hiciese por botellas.

El *copeo* estaba suprimido como costumbre de taberna.

Es decir, que á la hostería iba lo más selecto de los bebedores, y sobre todo los que bebían con pudor.

Por más que de allí saliesen también personas en el más completo estado de embriaguez.

Pero estaba menos mal considerado embriagarse en la hostería que en la taberna, por más que el bebedor no llevase en el bolsillo una certificación de haber bebido en éste ó el otro establecimiento.

Juan conocía ya tales casas: las había frecuentado en sus buenos tiempos, cuando era alférez de la guardia.

Triste es que un hombre á los veintitrés años tenga que recordar sus buenos tiempos.

Dirigióse resueltamente al mostrador, endilgando al dueño la pregunta siguiente:

—Esta mañana á las doce, ¿no ha estado comiendo aquí un joven, sobre poco más ó menos de mi edad, de humilde traje?

—Caballero, ¡han venido tantos!...; porque mi casa es de las más acreditadas en el ramo...

—Ya lo sé,—contestó Juan, que no sabía una palabra.—Os daré un detalle: el joven á que me refiero ha debido despachar él solo la ración de cuatro personas.

El hostelero se sonrió, como hombre que está en antecedentes de lo que le dicen.

—¿Se llama Antonio? —preguntó á su vez.

—Justamente.

—Y ¿vos os llamáis don Juan de Zúñiga?

—Para serviros.

Entonces el hostelero saludó, echando mano al gorro, y dijo con más cortesía:

—En ese caso, podéis sentaros y tomar lo que os plazca; ese joven vendrá á buscaros.

—Pero... ¿os ha pagado? —preguntó Juan en el colmo de la admiración.

—¿Acaso vuestro amigo tiene la costumbre de no pagar lo que consume?

El joven comprendió que había dicho una tontería; para enmendarla, repuso:

—Quiero decir que si al satisfacer su cuenta dejó algún recado.

—Precisamente: estuvo aquí mucho tiempo, más de tres horas; el mozo que le servía empezaba á estar con cuidado, porque no hacía más que mirar á la puerta y suspirar: esto, en tales casas, es mal síntoma.

—Adelante.

—Pero sin duda esperaba á alguien.

—Indudablemente, á mí.

—No, no era á vos sólo.

—¿Pues cómo?

—A poco entró una mujer...

—¿Una mujer?

—Se sentó en su mesa, y tomó... no sé qué. Permanecieron hablando cerca de una hora. Luégo que ella se fué, él pagó su cuenta. Se acercó al mostrador y me dijo que si acaso entraba aquí un joven de vuestras señas, le preguntase si se llamaba Juan de Zúñiga, y que, en caso afirmativo, le invitase á tomar lo que quisiera, que él volvería luégo.

—¿Os dijo que se llamaba Antonio?—preguntó Juan con alguna inquietud, que, por la circunstancia de su cita con una mujer, dudaba de que fuese su criado.

—Exactamente,—contestó el hostelero, añadiendo en seguida:—No ha vuelto aún, y temo que le haya sucedido alguna desgracia.

—¿Cómo una desgracia?

—Sí, señor.

—Pero ¿en qué os apoyáis para abrigar tal creencia?

—Os diré: tan luégo como me dejó el tal recado y me hizo la advertencia, salió de mi casa; al poco tiempo

sentí en la calle voces como de disputa; me asomé, y vi á nuestro hombre liado á bofetadas con un alguacil del Santo Oficio.

—¡Cómo! ¿Antonio?

—Se reunió mucha gente, acudieron algunos salvaguardias, y se los llevaron á los dos.

—Buen hombre, creo que os equivocáis.

—En ese caso, será él el que se equivoque; pero no: las señas son mortales; dijo llamarse Antonio, y vos Juan de Zúñiga.

—En efecto, parece...; sin embargo...

—Os he dicho lo que él me encargó; ahora vos haréis lo que os parezca.

Juan saludó, apartándose del mostrador, sin saber qué determinación tomar.

Hubiera comido algo de buena gana.

El tufillo que exhalaban las viandas que servían los mozos á los parroquianos le causaba vértigos, duplicando la ferocidad de su apetito.

En aquel momento se hubiera comido un carnero, sin dejar ni los huesos, ni aun la piel si hubiera costumbre de servirlos así.

Pero ¿y si el hostelero, por más que no lo pareciese, se había equivocado?

¿Andar Antonio en líos de mujeres y á la greña con los hombres!

Además, ¿cómo pagó no teniendo dinero?

Y aun admitiendo que fuese él, la cuestión en que intervinieron los salvaguardias podía haberse enreda-

do, impidiéndole cumplir sus propósitos de volver.

Decidió esperarle un rato, aunque sin tomar nada.

Al efecto ocupó uno de los rincones de la gran sala de la hostería, donde no estorbaba al que hacía gasto, y desde donde no se le escapaba quién entraba y quién salía.

Allí pasó una media hora de un tormento indecible.

La vista de los platos llenos y humeantes y el olor que despedían aumentaba las punzadas de su estómago.

Este estaba en completo estado de rebelión.

El estómago, como depende directamente del instinto, no admite razones cuando pide alimento; es un déspota á quien no se puede engañar.

Juan estuvo más de una vez por romper todo género de consideraciones y comer algo, ateniéndose luégo á las consecuencias.

Pero éstas no podían menos de ser vergonzosas para un joven como él, sobrino de don Pablo Olavide y del prior de San Jerónimo, cuyos personajes eran tan conocidos en la corte.

Muchas veces se le ocurrió la idea de que en tales ocasiones el hombre que tiene familia es un desventurado.

Por último, exhaló una exclamación de alegría.

Su criado Antonio acababa de presentarse en la sala, mirando á todas partes, como si le buscase.

Dirigíase hacia el mostrador con la idea de preguntar por él, cuando Juan le atajó el paso.

El primer movimiento del mozo expresó la satisfacción; después se puso serio, como quien está ofendido, exclamando:

—¡Vaya, que se puede confiar en vos!

—Ya ves que he venido...

—Pero al cabo de ocho horas, cuando podía ya estar enterrado, y mis huesos roídos por los gusanos.

—Lo principal es que nos hayamos encontrado.

—Es verdad; pero á esta hora no nos abrirán en el convento.

—Ni nosotros nos expondremos á que nos hagan ese desaire.

—Pues ¿dónde dormimos esta noche?

—En la calle, amigo Antonio.

—¡Cómo! ¡Fray Bernardo!...

—¡No me hables de él!

—¿No ha querido recibiros?

—Sí; pero para matarme de hambre y á golpes.

—Ahora recuerdo. ¿Estaréis en ayunas?

—¡Cómo y con qué había de haber comido!

—Está bien; sentémonos, que yo también me encuentro con regulares disposiciones.

—¿A pesar de tus dos almuerzos de esta mañana?

—¡Oh! ¡Dónde estarán ya!...

Amo y criado, aunque por entonces parecían tro-

cados los papeles, porque era éste el que pagaba, ocuparon una mesa en una de las habitaciones interiores, donde se hicieron servir una cena abundante y casi succulenta.

Juan le suplicó que le dispensase de hablar por algunos minutos, hasta aplacar el hambre que le devoraba.

Antonio, sin dejar de comer, le miraba con satisfacción, diciéndole:

— ¡No sabéis la alegría que me proporciona el conviadaros por primera vez en mi vida!

— ¡Y en qué ocasión, amigo Antonio! Si tardas un minuto más, caigo desfallecido.

— Ya veis cómo fué buena idea la mía al entrar aquí esta mañana: si os sigo al monasterio, á esta hora no podríamos satisfacer una necesidad tan apremiante.

— A propósito, Antonio: ¿cómo te has proporcionado recursos?... El hostelero me ha contado no sé qué historia de una mujer y un alguacil del Santo Oficio...

— Y os ha dicho la verdad.

— Según eso, ¿tú también tienes trapicondas?...

— ¡Libreme Dios, señor! Ya conocéis mi carácter y mi temperamento.

— Pues por lo mismo no me explico.

— En primer lugar, ¿estáis cenando bien?

— ¡Opíparamente! No me acuerdo de haber comido con tanto apetito en mi vida.

— Pues agradecédselo á vuestro tío.

—¿A cuál de ellos?

—A don Pablo Olavide.

—¡Cómo!

—Él es quien nos convida.

—¡Imposible! Mi pobre tío gime á esta hora en las prisiones del Santo Oficio.

—¡Ah! ¿Sabéis?...

—He estado esta tarde en su casa por ver si remediaba nuestra triste situación.

—Pues, á pesar de todo, á él le debemos esta cena.

—Vamos, Antonio, te suplico que no te chances: hay situaciones en que es impío el hacerlo..., y el pobre don Pablo no estará ahora para emborrachar á su sobrino.

—¡De fijo!

—Entonces, ¿á qué afirmas?...

—Si él no tiene intención de convidarnos, por lo menos el dinero que va á pagar es suyo.

—¿Ves cómo hago yo bien en creer que estás mezclado en trapisondas?

—Pues hacéis muy mal, señor: lo que sí debéis creer es que el hombre no ha de ir buscando acontecimientos, sino esperar tranquilamente á que los acontecimientos vayan á buscarle á él.

—¡Puede que tengas razón!

—Vos mismo sois testigo y ejemplo de esta verdad. Habéis ido en busca de dos tíos para que nos proporcionaran por lo menos comida para hoy y albergue

para esta noche, y no habéis encontrado á ninguno. En cambio, yo he venido aquí esta mañana sin idea ninguna de encontrar, y he logrado lo que á vos os negaban. La suerte es una loca, á quien no es posible poner la camisa de fuerza para sujetarla: vale más dejarla pasar y ver si puede uno quedarse entre las uñas con algunos jirones de su vestido.

—No puedo contradecirte en nada, amigo Antonio, porque, como acabas de decir muy bien, y yo reconozco, soy ejemplo y testigo de lo que afirmas; pero ya que hemos cenado bien, gracias á Dios, podías referirme algo de lo que sabes, porque indudablemente sabes algo.

—¡Y aun algos, como decía Sancho! Yo también he leído el *Quijote* en mis ratos de ocio en el monasterio.

—¿Luego no desconoces la causa de la prisión de mi pobre tío?

—Tanto como él..., y mejor que vos, por lo visto.

—¿De veras?

—Os aseguro que es una causa grave..., y no sé cómo saldrá de ella.

—¿De qué se le acusa?

—¡De hereje!—contestó Antonio bajando la voz.

—¡De hereje!—exclamó el joven aterrado.

—Ni más, ni menos.

—Pero... ¿llegará el caso de quemarle?

—Ya sabéis que el rey y sus ministros son opuestos á esos actos, en los que se pide al infierno un poco

de su fuego para que alumbre; por otra parte, don Pablo Olavide tiene buenas relaciones en la corte; sin embargo, no me atrevería á asegurar...

—¡Hereje él!...

—Ya veis que es una acusación muy grave.

—Habla, habla, Antonio; refiéreme lo que sepas..., no me ocultes nada.

—Para proceder con orden y claridad, empezaré por mi historia desde que nos separamos esta mañana.

—Sí, sí...; confieso que está llamándome la atención desde que ha llegado á mi noticia el episodio de esa mujer con quien has almorzado.

—¡Supongo que no me lo imputaréis á pecado!— exclamó el pudibundo Antonio, ni más ni menos que si aun fuera lego del convento de San Jerónimo.

—¡Hombre, creo que no le constituye el almorzar con una persona de otro sexo...; nada más que almorzar!

—¡Es todo lo que ha pasado!

—Pero constituye sospecha la intervención del ministril.

—Es que los ministriles del Santo Oficio son muy suspicaces cuando se trata de sus mujeres.

—Según eso, ¿la individua en cuestión?...

—Con tantas preguntas no vamos á terminar en toda la noche.

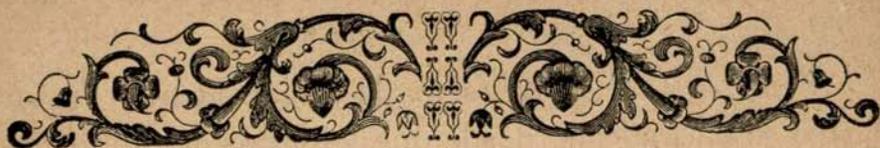
—Dices bien.

—Pues que nos sirvan una botella de vino, porque se

me va secando la garganta, y aun tengo mucho que hablar.

El mozo de la casa acudió al llamamiento, sirvió lo pedido, bebieron ambos jóvenes, y Antonio dió comienzo á su relación en estos términos:





CAPITULO XV

Historia de cinco pesos.



E dejasteis aquí esta mañana á las doce. A pesar del cabrito y el pan que había comido á primera hora en la pradera del Corregidor, mi apetito, medianamente satisfecho, volvió á molestarme. No sé si sucederá á los demás lo que á mí: aun cuando haya comido bien, la duda de si lo haré al día siguiente hace ineficaz el alimento que acabo de tomar. Por lo tanto, nó bien me senté en esta misma pieza pedí un almuerzo regular, con el correspondiente vino.

Estaba tranquilo respecto á vuestra vuelta, que podía retrasarse más ó menos; pero de todos modos os esperaba, y os esperaba con dinero.

Francamente, tenía formada mejor idea del prior: acaso se ha maleado desde que faltamos del monasterio, lo cual no es creíble en un hombre de sus años.

Pasaron dos horas, tiempo más que suficiente para que hubierais formulado vuestra petición y él la hubiera satisfecho.

Entonces empezó mi inquietud; no porque desconfiase de vos, lo confieso, sino de los hombres en general, y de los priores en particular.

Ya no me encontraba bien aquí.

Sentía vivísimos deseos de trasladarme á una gran distancia de esta casa.

No hacía más que mirar á la puerta, comprendiendo instintivamente que era el camino de mi salvación.

El mozo debió apercibirse de lo que significaban aquellas miradas y aquellos suspiros, y no me quitaba ojo.

El muy tuno temía que me escapase sin pagar.

Se conoce á la legua cuando un hombre no tiene dinero: ya veis cómo ahora no repara en nosotros y está tranquilo.

Yo empecé á canturrear el *Tantum ergo*, ni más ni menos que si estuviese ante el facistol del monasterio, como para persuadirle de que el hombre que ejecuta cantos religiosos no puede estar animado de tales sentimientos.

Pero cuando una sospecha entra en la mente del mozo de una hostería, no hay salmos ni antífonas que la hagan desaparecer. _____

De repente entra una mujer.

Ella se fija en mí, yo me fijo en ella, nos conocemos, y nos saludamos con la efusión que presta el paisanaje y algunos años sin verse.

Era de Arévalo, vecina mía, y habíamos cogido nidos y merodeado fruta cuando pequeños en las huertas del pueblo.

Se sienta y pide.

A mí lo mismo me daba ya deber dos pesetas más que menos.

Me entera de su situación, como era muy natural.

Estaba bien; hacía tres años que se había casado con un ministril del Santo Oficio, que profesaba al mismo tiempo el oficio, no santo, de quedarse con algo entre las garras siempre que podía.

Por lo demás, según me dijo ella, estos detalles sólo se los daba á un paisano con quien tuviese mucha confianza.

—Justamente, —prosiguió, —mi entrada aquí es con el objeto de cambiar una onza de oro procedente de un bolsillo, donde había varias, que *se encontró* ayer mi marido haciendo un registro.

—¡Una onza de oro!—exclamé yo, abriendo tanto ojo, y empezando á mirar á mi paisana bajo muy diferente prisma.

—Sí,—me contestó; —creo que tiene muchas el he-reje: el bolsillo estaba tirado en una mesa, como si se despreciase la cantidad.

—Pero yo creí que las onzas de los herejes no debían ser tocadas por manos cristianas.

—Aun no está probado que lo sea ese don Pablo Olavide, y entre tanto...

—¡Mi tío!—interrumpió Juan.

—Ese mismo efecto me causó el nombre y apellido que mi paisana acababa de pronunciar. La pregunté para cerciorarme, y no cabía duda. Se trataba de un señor que habían hecho venir de Sevilla, donde desempeñaba un cargo importante en las nuevas poblaciones instaladas en Sierra Morena.

Tenía casa puesta en Madrid en la calle de Leganitos

En fin, que era el mismo.

La mujer no sabía más sino que se le acusaba de herejía, y que en el momento de llegar de Sevilla ingresó en la cárcel del Santo Oficio, por el que se le seguía causa, habiéndose practicado un escrupuloso registro en su casa, que dió por resultado el *hallazgo* del bolsillo y de algunas otras cosas de menor cuantía.

En el caso en que me hallaba, aquello era secundario para mí, por más que no haya olvidado ni olvide nunca lo que vuestro tío hizo por nosotros.

Atendiendo, pues, á mi negocio, y valido de la confianza que tenía con ella, la hice una pintura fiel de mi situación, concluyendo por decirle que en aquel momento no tenía para pagar lo que había consumido.

Mi paisana se echó á reir.

Y como los herejes abundan, y su marido es tan á

propósito para los registros, cambió la onza y no tuvo inconveniente en darme cinco duros.

Yo la colmé de bendiciones.

Nos despedimos, y salió.

Seguíla al poco tiempo, pues ya me causaba de estar aquí, dejando en el mostrador un recado para vos, pues no dudaba que tarde ó temprano volveríais.

Pero al llegar á la puerta tuve un encuentro fatal.

El marido de mi paisana, por motivos particulares que yo no conozco, debe desconfiar de su mujer.

La espío.

Nos vió hablar y comer juntos, y dedujo de esto lo que no pasaba.

Ello es que al salir á la calle me increpó duramente, diciéndome no sé qué cosas sobre el respeto de la propiedad y del séptimo mandamiento, que nos manda no desear la mujer del prójimo, incluyendo en este número á los ministriles del Santo Oficio, cuyo fuero, según me dijo, yo había hollado.

Traté de probarle, de la mejor manera, que era un bárbaro.

Pero él debió encontrar dura la frase, y acostumbrado á vencer en todas partes por la circunstancia de no ir nunca solo, me alzó la voz y la mano.

Yo, que no soy sordo ni manco, le contesté en el mismo lenguaje.

Se reunió gente, vinieron salvaguardias, y dieron con nosotros en un puesto de seguridad.

Avisada su mujer, explicó el caso satisfactoriamente, diciéndole quién era yo, y que se trataba de una amistad cimentada sobre las ramas de los árboles cogiendo nidos.

El hombre se dió por satisfecho; y como la cosa no había pasado de cuatro cachetes, y él dijo que era ministril, y yo, por no ser menos, pasé por el criado de un capitán de guardias valonas, nos pusieron inmediatamente en libertad.

Quedamos los mejores amigos del mundo, y desde allí nos fuimos á beber.

Ahí tenéis el motivo por el cual os decía hace poco que nuestra cena de esta noche la pagaba vuestro tío.

—Y ¿no se te ocurrió preguntar á ese alguacil?...

—¡No que no!... Pero sabe lo que su mujer me dijo: que vuestro tío ha sido acusado de hereje en Sevilla... ¡Ah!... y que mañana se ve la causa con la asistencia del reo.

—¿Dónde?

—En una de las salas de la cárcel.

—¿A qué hora?

—A las once.

—Iré... Es preciso que yo le vea..., que sepa que su sobrino no le olvida en la desgracia.

—No podréis conseguirlo.

—¿Por qué?

—Porque me parece que la vista es á puerta cerrada... Se va á dar al acto gran solemnidad; parece que

están invitados los ministros y muchos magnates y religiosos de varias órdenes... Será lo que llaman *un antillo*, es decir, un auto sin hoguera.

—Antonio, es preciso que yo también asista.

—¡Y me lo decís á mí, como si yo distribuyera las invitaciones!

—Te lo digo á ti, porque la casualidad te ha hecho amigo del ministril, y tal vez ese hombre, como de la casa, pueda introducirme en la sala donde va á tener lugar la vista.

—No dudéis que yo haré lo posible por conseguirlo, pero...

—Pon en juego el ascendiente que tienes sobre tu paisana...

—¡Se me figura que decís eso con cierto retintín que ofende mi pudor de soltero!

—Sosiégate, Antonio; nunca se me ha ocurrido dudar de tu castidad.

En aquel momento llegó el mozo á decirles que ya era hora de cerrar.

Las ordenanzas municipales se cumplían en aquel tiempo con extraordinaria rigidez.

Antonio pagó, y ambos salieron á la calle.

—¿Sabéis lo que os digo, señor?—preguntó el mozo con atribulado acento.

—Dilo, y lo sabré.

—Que de los cinco duros que me dió mi paisana, apenas nos queda para alquilar esta noche una habi-



tación y tomar mañana un ligero desayuno. Hemos despilfarrado lo mismo que nobles de la India.

—¡Eso tú, que has almorzado hoy tres ó cuatro veces!

—¡Es verdad! Yo creí que cinco duros darían más de sí.

—En cuanto á mañana..., puede que, yo á lo menos, no necesite nada.

Y la voz del joven se hizo muy sombría al pronunciar estas palabras.

—¡Pues cómo!—exclamó Antonio alegremente, creyendo que se trataba de una buena solución.

—Tengo un proyecto.

—Pero...

—Es inútil que me preguntes: hasta mañana no le conocerás.

—Pues vamos á dormir; confieso que lo necesito, pues tengo la cabeza algo pesada.

Aquella noche descansaron en una de las vetustas posadas que había en la Cava baja, con *cuartos reservados para caballeros*.

Durmieron bien, por lo mismo que por la mañana hacían ánimo de no dormir ni bien ni mal.

Se disfruta más de aquello que se presenta cuando no se espera.

El día no pasó mal.

Pero ¿y el siguiente?

Tal fué la pregunta que Antonio se dirigió al acostarse.

Pero como confiaba en su suerte, soñó que su amo era coronel de guardias, que se había casado con Adelina, y que obtuvo para él la dignidad de prior en el real monasterio del Escorial; lo que tenía desesperado á fray Bernardo de Zúñiga, que sólo había podido obtener el de San Jerónimo del Prado.

Así es que al día siguiente no comprendió bien cuando su amo le decía que fuese en busca del ministril.

El incorregible glotón se despertó pensando en almorzar.

—Luégo que adquiriera yo la seguridad de que puedo asistir á la vista de esa causa, lo haremos, —le contestó el joven.

Antonio se alegró.

Así podría entregarse más tranquilo á los placeres de la gula.

Al mismo tiempo pensaba en que el alguacil podía convidarle á *tomar la mañana*.

Tomar la mañana para Antonio era comerse una docena de bollos, acompañada de medio cuartillo de aguardiente.

Sucedió como él lo pensaba.

El alguacil, enterado de que su amo era sobrino del reo, prometió colocarle en sitio á propósito para que no perdiese ni un detalle de la lúgubre ceremonia.

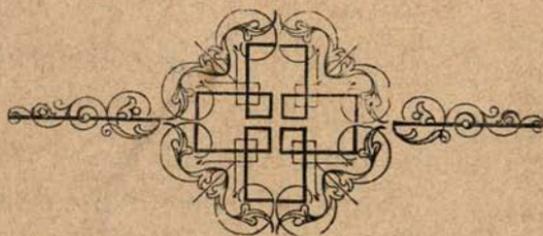
Al efecto quedaron citados á los once menos cuarto en un sitio próximo al edificio destinado á cárcel.

Juan y el alguacil entraron.

Antonio debía esperarles en casa de la paisana.

Con lo cual aquel día se aseguró dos almuerzos.

—¡Váyase lo uno por lo otro!—exclamaba engullendo á más y mejor.—En cambio es fácil que hoy no coma, ni duerma esta noche, como no me preste algún perro su covacha.





CAPITULO XVI

El autillo.



N la vida de don Pablo Olavide tomaron parte dos entidades poderosas.

La laboriosidad y el azar.

El segundo triunfó de la primera.

Cuando la suerte no acompaña, es inútil cuanto se intente.

Al pie de una mina hay dos soldados: uno de ellos se salva, cuando el otro perece.

Los dos corren el mismo riesgo, sólo que es diverso su destino.

Olavide partió á Sevilla con el elevado cargo que le hacía árbitro de todo cuanto se intentase en Sierra Morena para las nuevas poblaciones.

Era el hombre de las empresas: tenía el talento de saber cómo se llevaban á cabo después de empezadas.

Su energía removía la palabra «obstáculo», que, sin embargo, nunca desapareció del diccionario para él.

Empezaron inmediatamente los trabajos bajo su inteligente dirección.

Se eligieron los terrenos, se roturaron, se desmontaron y empezó la construcción, y vinieron luégo las plantaciones.

Aquel terreno agreste, sombrío, silencioso hasta el extremo de que únicamente turbaba su mentida paz la detonación de un arma de fuego y el ¡ay! de la víctima, perdió bien pronto el aspecto que tan terrible le hacía á los arrieros que tenían que aventurarse por sus breñales.

Al ruido del pico y del azadón huyeron los lagartos y los ladrones; la montaña aplanó sus faldas, ensanchándolas; la tierra arrancada de la sierra cegó sus cubiles de lobos y sus madrigueras de bandidos.

Las piedras desaparecían de donde no hacían falta, yendo á ocupar sitios en que eran necesarias.

Los árboles viejos prestaron su tronco para las construcciones y su ramaje para leña.

Sierra Morena se encontró un día como remozada.

Ya tenía algo más que guardar que el botín de los ladrones y los descarnados huesos de las víctimas.

Los cuervos se llevaron chasco cuando fueron á buscar la carnaza y la carroña.

En cambio, las golondrinas llevaron aquel invierno

á Africa la fausta nueva de que ya se podía anidar en aquellos lindos huertos que habían brotado de la tierra por la poderosa iniciativa de un hombre inteligente, secundado por un gobierno amante de su país.

La historia de aquella época dice que en poco más de un año se levantaron en pie, como obedeciendo un conjuro, once feligresías y trece poblaciones nuevas.

La parte llamada el Desierto de la Parrilla fijó desde luégo la atención de Olavide, y sufrió su correspondiente tala.

Era un sitio que tenía malos antecedentes, y era preciso dárselos buenos, una patente limpia que inspirase confianza al viajero.

Allí se fundaron la Carolina y la Luisiana; la primera entre Córdoba y Écija, y entre ésta y Carmona la segunda.

Aquella fué bautizada por Olavide en honra del monarca que iniciaba y protegía tales trabajos.

Debía recordar su nombre á las generaciones venideras.

Había cambiado de tal modo el aspecto del país, que llegó un día en que los rayos del sol no conocieron aquella famosa Sierra Morena, cuyos picos coronaban por la mañana y abandonaban con pena por la tarde.

A pesar de que proseguían los trabajos con ahinco, Thuniegel empezó á enviar su contingente de po-

bladores alemanes, suizos y holandeses, que tenían ya donde colocarse.

Todo iba bien.

Las cosechas respondían, y muchas veces superaban á los esfuerzos del cultivador.

Todo iba bien para todos, excepto para Olavide.

Es decir, en aquel cuerpo sano, el alma estaba enferma.

En 14 de Marzo de 1769 se recibió en Madrid una representación dirigida al rey, más bien una denuncia.

En ella se trataba de probar que los trabajos estaban mal dirigidos y las casas ruinosas, gracias á la incuria ó falta de conocimiento de Olavide.

Firmábala un hombre que había empezado faltando á su palabra.

Era su autor José Antonio Yanch, suizo de nación, que sólo había presentado doce familias, de ciento que contrató.

La denuncia encontró eco en la corte, y se mandó un visitador con orden de inspeccionar las construcciones.

Olavide, herido en su amor propio con aquella falta de confianza, escribió al ministro de Hacienda Múzquiz, diciendo que hiciese presente al rey que si había delinquido se le castigase, pero que no se le ofendiera de aquel modo; y que si resultaba su incul-

pabilidad, se castigase á Yanch, para enseñarle á respetar honras y reputaciones ajenas.

Suspendido momentáneamente en su cargo, en Agosto del mismo año volvió á conferírsele la superintendencia.

Esto probaba por lo menos que el suizo, si no obraba de mala fe, había partido de ligero.

Hizo un viaje á la corte para dar cuenta de sus trabajos, y en 1770 partió con nuevas y más amplias instrucciones y facultades para Sevilla.

La colonia marchaba viento en popa; todo era próspero, é iba en regla.

Hasta el suizo Yanch, desistiendo de su empeño, había cumplido su compromiso, llenando el cupo de familias que le faltaba.

Pasaron cuatro años.

Pero en 1775 la calumnia tomó otra faz, otro rumbo aun más grave que el primero.

Olavide fué acusado de hereje, ateo y materialista.

Aquella verdadera delación fué obra de fray Romualdo de Friburgo, general de los padres capuchinos enviados de Suiza para el pasto espiritual de los colonos.

Parece que aquellos padres reverendos estaban algo quejosos del haber que se les había asignado, no obstante ser mayor que el que disfrutaban algunos curas de nuestras aldeas, con más trabajo.

Y creyendo que Olavide había intervenido en ello,

le odiaban, y odiándole, no vacilaron ante una acusación tan grave.

Indudablemente dió margen á esto el que Olavide, en conversaciones particulares, hacía gala de ideas libres sobre ciertos puntos de religión.

Su estancia en París, y su correspondencia con los principales enciclopedistas, le perjudicaron grandemente en este asunto.

Ordenósele que se presentara en Madrid inmediatamente.

Él trató de rechazar la calumnia, escribiendo al ministro de Gracia y Justicia.

Pero ni los buenos oficios de éste, ni los deseos del inquisidor general, que lo era entonces don Felipe Beltrán, obispo de Salamanca, varón docto y prudente, impidieron que á su llegada á Madrid fuese encerrado en la cárcel del Santo Oficio y registrados escrupulosamente sus papeles.

Siguiósele la causa con la premura que requería un asunto tan grave.

Uno de los testigos que declararon en ella fué su primo, el prior de los Jerónimos.

Al hablar de fray Bernardo, ya hemos hecho notar su intransigencia en asuntos religiosos.

Su declaración, hecha de buena fe, no fué de las que menos le perjudicaron.

Cuando lo supo Olavide, se estremeció de indignación.

—Yo creí,—exclamó,—que era caballero antes que

sacerdote. Por lo menos debió poner un cartel en la puerta de su celda que indicara que allí había un delator, para que las personas honradas le hubieran negado su confianza y su palabra.

Ya sabemos que había llegado el día de la vista de causa.

Puesto que se trataba de protestación de fe sin penas corporales, aquello se llamaba un *autillo*.

Escandaloso diminutivo, por lo que tenía de grotesco en medio de su crueldad.

Aun cuando iba á celebrarse á puertas cerradas, habían recibido invitaciones más de sesenta personas, entre ellas ex ministros, consejeros, magnates, dignidades religiosas y muchos representantes de las órdenes monásticas que había entonces en Madrid.

Algunas de aquellas personas pensaban lo mismo que el reo.

Pero aquel autillo era una lección provechosa que debían tener en cuenta.

Juan de Zúñiga, colocado por el alguacil detrás de una cortina de sarga negra que había á espaldas de los que formaban el tribunal, miraba por una pequeña abertura que él hizo con la uña.

La sala inmensa apareció á sus ojos sombría, con el siniestro aspecto que daba la Inquisición á todas sus ceremonias.

Aquel tribunal quería anonadar al espíritu por medio de los sentidos, más bien que persuadirle por la dulzura irrefragable de la razón.

Las paredes estaban cubiertas con paños negros, lo mismo que los asientos para los invitados.

Y eso que se trataba de una cosa tan blanca y diáfana como la fe.

La luz penetraba por las ventanas perezosamente.

Parecía que entraba con miedo, como excusándose de su visita allí, donde eran más dignos de alumbrar los resplandores del infierno.

Sin duda el sol dirigía esta pregunta al Hacedor Supremo:

«¿Para alumbrar tales escenas me has dado tanta luz?»

A la izquierda del tribunal había un altar y un Cristo, alumbrado con cera verde.

¡Color de esperanza!

Otra irrisión para el reo.

Aquel crucifijo debía haber presenciado muchas ceremonias por el estilo.

Estando ya en el Gólgota le hacían recorrer nuevamente la calle de la Amargura.

Al verle, se recordaba sin querer el pasaje de la mujer adúltera.

Parecía que brotaban de sus labios estas palabras, dirigidas á los jueces:

«Aquel que esté sin culpa de vosotros, que arroje la primera piedra.»

Sólo que los judíos dejaron á la mujer y se marcharon.

Y los jueces de la Inquisición no se marchaban nunca sin dejar un poco de sangre en el cuerpo ó en el alma.

Frente al crucifijo, esto es, á la derecha, había un miserable banquillo destinado al reo, una cosa sucia y mezquina, pero que á veces se transformaba en un Gólgota ó un Sinaí.

Despedía lágrimas y truenos.

Aquéel era el asiento de todos los dolores de la humanidad en presencia de todas las falsedades y mentiras atroces de los tiranos y de los ignorantes.

Todo aquel lúgubre aparato se necesitaba para condenar aquello que nos da semejanza con Dios.

La razón, el libre pensamiento.

Aquello era un mentís dado descaradamente al *Génesis*, donde dice que Dios hizo al hombre á su imagen y semejanza.

Los asientos se llenaron.

Juan se estremeció al ver que el prior de San Jerónimo ocupaba el suyo.

Si mucho obliga la religión, mucho obliga la sangre.

Pero aunque no fuese más que por las conveniencias sociales, fray Bernardo debía haberse prohibido la asistencia á aquel acto.

Se trataba de un pariente.

Pero, por el contrario, parecía orgulloso de que le vieran allí.

Y con su actitud decía:

«No me arredra el ser pariente para venir á condenarle.»

No podía ir á otra cosa el prior.

Juan separó de él la vista con repugnancia.

Aquel hábito blanco se le figuraba negro.

Por último, apareció el reo entre sus guardianes.

Olavide estaba pálido, pero sereno.

Si se hubiera enrojecido, lo hubiera hecho por los que estaban allí.

Debió tener lástima de todos, como un hombre que ve bien la tiene de un ciego.

Así su mano derecha una vela verde, pero apagada.

El docto inquisidor le dispensó de la infamia del sambenito y de la soga al cuello.

Vestía completamente de negro, con lo cual resaltaba más su palidez.

En aquel momento, y ante aquel cuadro lúgubre é inicuo, no parecía regir los destinos de España un rey tan sabio, prudente y bondadoso como Carlos III.

Allí se echaba de menos la oscura é iracunda faz de Felipe II.

El reo tomó asiento á una indicación que le hicieron.

Juan sintió que una lágrima humedecía sus párpados.

Se acordó de cuando, huyendo de los castigos del prior, tropezó con las bondades del enciclopedista.

El uno le cercenaba inhumanamente la ración; el otro le brindaba su mesa y su bolsa.

El prior le decía: «Teme á Dios.»

Y el reo: «Ama á Dios.»

¡Qué dos ideas tan distintas de la Divinidad!

Juan, de buena gana hubiera saltado á su cuello, se hubiera arrojado á sus pies, diciéndole:

«Valor, tío; no desmayéis: los jueces de hoy serán los condenados de mañana.

»Si en esta farsa sacrílega sois la víctima, la posteridad os absolverá.

»Vuestro delito será con el tiempo un título honoroso.

»Os sobreponéis á vuestra época, esto es todo.

»Los miopes son más, y vencen; pero su ceguera les llevará al abismo mañana.

»Entonces le diréis á Dios lo que le dijo Jesús por los que le crucificaban: —«Perdónalos, porque no saben lo que se hacen.»

Restablecido el silencio, que interrumpió la llegada del reo, empezó la lectura del proceso, que duró tres horas mortales.

Aquello parecía una escena del Pretorio; sólo que los jueces no pudieron soltar á Barrabás.

Se acusaba á Olavide de ciento sesenta y seis proposiciones heréticas.

¡Qué lujo!

Aquél, indignado, interrumpió una vez la lectura, exclamando en alta voz:

—Yo nunca he perdido la fe, aunque lo diga el fiscal.

El infeliz no sabía que estaba allí precisamente por eso.

La fe es la sabiduría, que es la que habían perdido los que le escuchaban.

Acto seguido se le leyó la sentencia.

Al oírla, y por lo mismo que no esperaba aquel absurdo, el reo perdió la serenidad.

Vaciló sobre su banquillo, y cayó al suelo atacado de un síncope.

Juan quiso desgarrar la cortina para salir y socorrerle.

Afortunadamente estaba allí el alguacil, que le detuvo por un brazo, exclamando:

—¡Que vais á comprometerme y á perderos de un modo absoluto!

Aquello duró poco.

Le levantaron del suelo, y con el movimiento volvió en sí, recobrando la perdida serenidad.

Leyó con voz firme su profesión de fe, que firmó luégo.

Y una vez absuelto de la excomunión, se le retiró de allí para ser conducido nuevamente á la cárcel.

La ceremonia había terminado de una manera honrosa para la religión católica.

Aquel *autillo* es el lunar que afea el reinado de Carlos III.

—Vamos,—dijo Juan al alguacil; —salgamos pronto: si estoy aquí un minuto más, me ahogo.

Aqué! pensaba en su interior:

—¡No son poco tiernos de corazón estos boquirrubios! Pero ya me hago cargo; es la falta de costumbre: no me sucede á mí otro tanto.





CAPITULO XVII

El único remedio... que no es el único.



A sentencia era ridícula.

Ó no había crimen, en cuyo caso resaltaba la injusticia, ó de haberle, el reo merecía otro castigo más serio.

Condenábasele á reclusión por ocho años en un convento á las órdenes de un director espiritual de la absoluta confianza del inquisidor decano, destierro perpetuo de Madrid y sitios reales, y de Córdoba, Sevilla y nuevas poblaciones, que puede decirse habían surgido de la tierra á su voz.

Además, se le imponía la pena de inhabilitación para empleos y cargos públicos.

La saña de la ignorancia iba más allá.

Prohibíasele cabalgar en caballo, llevar sobre su traje oro, plata, perlas, diamantes ni otra clase de joyas, no debiendo envolver su persona en seda ó lana fina, pues sus vestiduras no debían pasar de sayal ó paño burdo.

Cuando unos hombres erigidos en tribunal sentenciaban esto, ¿qué tenía de extraño que un prior castigase á pan y agua á un novicio por haberse recreado en ver cómo lavaba la ropa una muchacha bonita?

Por eso, al reunirse Juan con su criado, le increpó éste, diciéndole:

—¡Qué descolorido estáis! ¿Os sentís enfermo?

Juan guardó silencio por espacio de algunos segundos; después preguntó á su vez:

—Antonio, ¿te quedan algunos reales?

—Nada más que para hoy, señor: he podido sacar un duro más á la paisana, pero es preciso que economemos.

—Para hoy me basta; mañana nada necesitaré.

—¿Qué decís?

—Oye, Antonio; he visto y he oído hoy tales cosas, que quiero olvidar: para ello es necesario que beba, que beba mucho..., hasta embriagarme. Tú comerás, y yo beberé; además, he concebido un plan que debo madurar ó desecharle...; un plan que cicatrizará enérgicamente las úlceras de mi alma.

Antonio, que se veía halagado con la idea de comer, se apresuró á contestar:

—Como queráis, señor; podéis disponer de mí y de cuanto tengo, como si fuera vuestro.

—Pues vamos á la hostería.

Una vez instalados en uno de los rincones de una pieza interior, Juan se hizo servir media docena de botellas.

Antonio pidió un jigote en cantidad suficiente para que pudieran comer seis personas.

Cuando uno y otro tuvieron delante lo que habían pedido, el último murmuró entre dientes:

—Él va á coger una chispa mayúscula y yo una indigestión.

Cada cual empezó á despachar su cometido con las mejores disposiciones.

Antonio no tenía prisa: era un verdadero gastrónomo, y comía con todas las reglas del arte: cuidaba mucho de su estómago, no dándole gran cantidad de cada vez.

En cambio Juan aparentaba querer precipitar su borrachera: de cuatro sorbos se bebió las dos primeras botellas.

Una de las cosas que precipitan la acción del vino es el no saberlo beber.

Los grandes beodos dicen que debe hacerse poco á poco y en pequeñas cantidades.

También de este modo se paladea mejor.

Y como Juan, además de no estar muy aguerrido

en tales luchas, hacía todo lo contrario, empezó á sentir en seguida los naturales efectos del alcohol.

Se le arrebató el color y le brillaban los ojos como ascuas.

Su sistema nervioso estaba tan excitado, que le temblaba el pulso de una manera extraordinaria, y producía el ruido estridente de una campanilla siempre que aproximaba el cuello de la botella al vaso para escanciar.

Al principio estaba silencioso.

Aquella leña no había calentado aún el horno de sus ideas.

El mutismo en las borracheras es terrible.

En tal estado, el hombre expresa por acciones el desorden de sus pensamientos.

Juan empezaba á salir de aquel período, de aquel terrible caos, de aquel embrión que expresa el estado moral del individuo.

Poco á poco fué animándose.

La borrachera le despertaba.

Sólo que, por efecto de su estado, lo que empezaba á sentir era esa especie de excitación nerviosa que precede al *delirium tremens*, como sigue la sombra al cuerpo.

La embriaguez en tales casos es el crisol donde una idea deja su quinta esencia, el molde donde se ajusta adquiriendo su verdadera forma, la lima que redondea sus asperezas.

El borracho vulgar cae entonces debajo de la mesa; el que no lo es, se vuelve loco.

De tal estado puede resultar un *Oby* ó un Galileo, una piedra ó un diamante.

En el primer caso, cuando la idea está en combustión, el hombre se hace comunicativo consigo mismo.

Prescinde del que tiene al lado, y cree que no hay nadie digno de escucharle más que él, porque él solo puede comprender las razones que deja de darse.

Hay cierto laconismo inteligente, ciertas abreviaturas del pensamiento, sólo por el beodo comprendidas.

Juan se explicaba así:

—Es preciso acabar de una vez. Cuando el inquilino está descontento en la habitación, la abandona, y se traslada á otra que le parezca mejor, aunque no lo sea.

Este mundo está lleno de absurdos, que el hombre hace mayores pretendiendo enmendarlos.

El que los adivina y no puede corregirlos, debe *marcharse*.

Hay cierta grandeza en presentar la dimisión de la vida.

Dicen que es un crimen, porque el hombre dispone de una cosa que no le pertenece.

En realidad, no le pertenece nada.

Pero también es criminal aquel que hace una ley que tiende al despojo humano.

Y si el hombre no puede disponer de su vida, menos puede atentar á la felicidad de los demás.

Este es un verdadero despojo, cuya pena no se lee en ningún código.

Si la muerte es un sueño, el hombre que está fatigado debe dormir.

Cuando puede hacerlo y se propina algún brebaje que le desvele, es un imbécil.

Yo no quiero ser imbécil; quiero *dormir* para siempre.

Bebamos.

Hizo una pausa para escanciar, y sorbió cerca de un cuartillo de una vez.

Antonio, que daba otra interpretación á aquel lenguaje, exclamó:

—Quiere dormir; es natural: todas las chispas dan por eso; no tardará en caer.

El joven prosiguió recogiendo una de sus primitivas ideas.

—Sí; el absurdo por todas partes, el ciego error... Mi tío, que se había impuesto voluntariamente la obligación de hacerme hombre, si es que un fraile puede llamarse así, me arroja del monasterio, imponiéndome un castigo ridículo porque he encontrado buenas las formas de una mujer que no las tenía malas.

Corolario:

Para que un hombre sea buen religioso es preciso que desaparezcan todas las mujeres bonitas.

Entonces, ¿por qué las puso Dios en el mundo, dándoles la hermosura que las hace agradables?

¿No es esto un absurdo?

Otro tío que no me conoce, que me ve por primera vez, que debía estar enojado conmigo por mi olvido, me tiende la mano, me levanta cuando había caído, me pone en el primer escalón de una carrera que puede hacerme hombre.

Otro absurdo.

Sólo que éste es un absurdo humanitario, sublime, que pocos imitan... y que muchísimos menos agradecen.

Ya soy alguien; visto un uniforme.

Una noche se me ocurre salvar á un amigo de una desgracia que le aflige.

Rogelio comete una cosa que las leyes califican de crimen.

Creo que también lo hubiera sido no defender á su madre.

Yo he cometido una buena acción, y me castigan privándome de los medios de vivir.

Me prueban que siendo bueno he debido ser malo.

Me hacen egoísta, en una palabra.

Otro absurdo que me obliga á morir de hambre, dando las gracias al que me quita el pan que iba á llevar á mi boca.

Por consecuencia de esto mismo, tengo que renunciar á la mujer que amaba..., y de quien era amado, porque indudablemente Adelina me prefería á cualquier otro.

Por salvar al hermano, es preciso que renuncie al amor de la hermana.

Es decir, que para ser un marido digno es preciso ser un digno egoísta.

Absurdo.

Mi tío Olavide difiere de los otros en su modo de pensar.

Ve más claro ó más turbio que ellos.

En vez de convencerle dulcemente de que está en un error, ó de dejarse convencer por él, que el error también puede estar de parte de los otros, se le encarcela, se le castiga porque ha hecho uso de lo que Dios ha puesto en su mente; se le hacen las más ridículas, las más crueles prohibiciones, y, sin quitarle la vida, se le arroja de la sociedad.

¿Es esto ley?... ¿Es equidad?... ¿Es justicia?

¿Es lógico que un pariente condene á otro pariente y vaya á gozarse en su mal, como ha hecho mi tío el prior esta mañana?

El mundo dice que sí.

Yo rectifico, diciendo que es absurdo.

Pues el que esto reconoce y no quiere sujetarse á la ley inicua del absurdo, ¿debe vivir ni un minuto más?

Entonces se hace reo de los delitos que condena, y es más miserable que los que obran así, tal vez por ceguedad.

Lo dicho: cuando una habitación no gusta ni conviene, se la abandona.

A mí me fastidia el mundo, y deseo salir de él.

Bebamos.

Antonio, que prestaba atento oído á esta charla, más de iluminado que de beodo, empezó á comprender algo.

En aquel memorial de quejas de su amo resaltaba á primera vista la injusticia con que el mundo trata á aquel que se aparta de sus leyes.

Después venía el propósito de no querer *enmendarse del bien*, de persistir en él, *de practicar el error de no ser malo* como los otros.

Después de esto, brillaban con claridad estas palabras:

«Cuando una habitación no gusta ni conviene, se la abandona.»

Su amo no tenía más habitación que el mundo, y quería abandonarle.

Esto es, morir..., disponer de su vida.

Todo aparecía claro á sus ojos.

Por eso había dicho:

«Mañana no necesitaré de nada.»

El pobre mozo se estremeció.

Y cuando su amo iba á llevar su mano á la botella para servirse más vino, se la detuvo, exclamando con verdadera angustia:

—Pero ¿queréis morir?

Juan se fijó en él como si no le hubiera visto hasta entonces.

Ya hemos dicho que prescindió de su presencia.

Pero la palabra «morir», tan acorde con sus deseos, le hizo reparar en él, y contestarle:

—No, Antonio; se trata sencillamente de salir de este mundo.

—¡Vais á mataros!

Y Antonio, maquinalmente echó mano á la empuñadura de la espada que pendía de la cintura del joven.

Este se sonrió.

—Mira, Antonio, — dijo; — ahora es cuando se me revela el verdadero destino del acero que maneja el hombre de honor. Esta espada es la llave con que voy á abrir la puerta de lo desconocido.

—Pero ¿estáis en vos, señor mío?

Juan, con la lógica del vino, preguntó:

—¿Tenemos dinero?

—Casi nada.

—¿Y medios para proporcionárnosle?

—Hoy por hoy carecemos de ellos.

—¿Podemos pasar sin comer..., sin una habitación, mala ó buena, que cobije nuestra miseria?

—No, pero...

—Si nos encuentran esta noche á deshora en la calle, ¿no nos llevarán á la cárcel por vagos?

—De la cárcel se sale...

—Para galeras, que es peor.

—Ya, pero...

—Pues el hombre á quien le pase esto, y lo reconoce, y no puede remediarlo, ¿no es un miserable si no emplea el único medio que le queda?

—¿Atentando contra sus días?

—Justamente.

—¿Y el porvenir, señor?

—¿El porvenir del mendigo ó del galeote? No le quiero.

—Pero reparad...

—No quiero volver á presenciar lo que he presenciado hoy.

—Y ¿qué vais á hacer?

—¿No lo adivinas? Atravesarme el corazón con este acero.

—Tened en cuenta lo que hemos oído mil veces en la iglesia del monasterio: vais á cometer un crimen.

—Ayer estuve allí, tendiendo la mano para que me dieran los medios de no cometerle, y me ofrecieron el *in pace* con el saco y el cilicio. El crimen que yo cometa hoy es obra de ellos: de ellos será la responsabilidad.

—¡Pero, señor!...

—No te obligo á que me imites; no llega mi egoísmo á tanto..., aunque te lo aconsejo.

—¡Valientes consejos dais!

—En cuanto anochezca nos separaremos para siempre.

—¡Yo, que siempre he vivido á vuestro lado!...

—Alguna vez habíamos de separarnos.

—¡Qué va á ser de mí!

—Te queda tu paisana á quien volver los ojos; no te abandonará; si no, vuélvete al pueblo natal; aun tienes fuerza bastante para destripar terrones.

—¡Acostumbrado á la vida de la corte!

—Pero, imbécil, ¿qué comodidades son las que te brinda de hoy en adelante?

—¡Separarme de vos!... ¡Yo, que os había cobrado tanto cariño!...

Y el pobre mozo rompió á llorar, pero sinceramente.

Juan le asió de la mano, diciéndole:

—¡Gracias, Antonio!... Nunca te he tenido por ingrato...; pero no me compadezcas; al contrario, tú eres el más digno de compasión. Yo voy á un mundo mejor, donde no hay esos códigos crueles que condenan las buenas acciones, que sientan el egoísmo, erigiéndole en sistema...; á un mundo donde no hay priores ni Inquisición, ni ninguno de esos males que nos aquejan en la tierra. Ya ves de entre los dos quién es el que sale perdiendo.

En aquel momento entraron en la habitación que ocupaban los mozos dos comensales.

Tomaron asiento junto á una mesa, pidiendo de comer y de beber.

Y, como prosiguiendo una conversación comenzada, exclamó uno de ellos en alta voz:

—Por eso han condenado hoy á Olavide, porque se comunicaba con el diablo, obteniendo de él cuanto quería. ¡Debe ser una cosa bastante agradable tener á ese personaje á su servicio!...

Entonces, Juan, dándose una palmada en la frente, como quien concibe una idea repentina, exclamó:

—¡El diablo! ¡Y yo que no había contado con él!... ¡Mozo!..., ¡mozo!..., ¡otras dos botellas de vino!

—Pero, señor, ¿vais á agotar la bodega al hosteleiro?—proguntó el atribulado mozo.

Juan, poniéndole una mano sobre el hombro, le dijo alegremente:

—¡Tenías razón, Antonio!... ¡Era un imbécil...

—¿Es decir que habéis caído de vuestro burro?

—Sí.

—¿Que os ha hecho efecto lo que os dije hace poco sobre vuestra fatal resolución?

—Sí..., mil veces sí.

—¿Y que ya?...

—Ya no me mato.

—¡Mozo!..., ¡mozo!..., ¡más vino! Ahora es cuando yo voy á empezar á beber!





CAPITULO XVIII

Donde se sigue un curso de diablología.



MO y criado se abrazaron como dos matemáticos que encuentran de pronto la solución de un problema largo tiempo estudiado, como quien resuelve una crisis que parecía imposible de resolver.

El mozo sirvió vino, y bebieron más.

Sólo que Juan estaba ya en ese período de borrachera en que las imaginaciones privilegiadas vencen los efectos del alcohol, y resisten ya victoriosamente cualquier cantidad de líquido que se deposita en su estómago.

Cuanto más bebía, más despejado estaba.

La alegría puso ebrio á Antonio; y decimos la alegría, porque hasta entonces no habia probado el vino.

Pero estaba más ebrio que su amo.

Podía hacer cuenta de que acababa de sacar á Lázaro del sepulcro, porque el joven estaba bien decidido á morir.

Pero ¿cómo tan repentinamente pudo cambiar de opinión?

Esta pregunta se hacía Antonio, sin atinar con la respuesta.

Era preciso que un rayo de luz hubiese disipado las nieblas de su imaginación; y aquel rayo de luz no podía ser otro que la esperanza.

Resuelto á resolver su duda, le habló así:

—¿Es decir que ya no veis las cosas de tan negro color como antes?

—Por el contrario, Antonio: las veo de color de rosa.

—¿Eso indica que habéis hallado un medio salvador?

—Le he hallado.

—¿Y que ese recurso remediará nuestra situación?

—Va á hacerla tan distinta, que, aun viéndolo, nos va á parecer mentira.

—Fortuna ha sido para ambos que dierais con esa idea.

—¡Que si ha sido!... Vamos, Antonio: ¡sobre que no puedes figurarte lo que nos va á pasar!..., porque ya no se trata de una existencia mediocre, como la que hemos disfrutado hasta aquí: se trata de comer bien, de

beber buenos vinos, de estar espléndidamente alojados, de cubrir nuestras carnes con buenas ropas...

—¡Dios mío, creo que sueño!—exclamó Antonio, cruzando las manos con beatitud.

—Escalaremos los primeros puestos...

—¿Podré ser prior del Escorial? Lo he soñado una noche...

—Hombre, prior..., no sé. ., aunque creo que sí...

—Y ¿vos os casaréis con la señorita Adelina?

—En cuanto abra la boca.

—Pero ¿qué varita de virtudes es ésa que habéis encontrado?

—¡Si supieras!...

—De eso se trata, de saberlo.

—No, mejor es que lo ignores...; que sacrifiques tu curiosidad...; que te resignes á ser dichoso, sin ver por qué camino viene la dicha.

—Es bien cómodo eso que me proponéis; sin embargo, yo quisiera que me explicaseis. . ¿Tenéis noticia de algún pariente rico que os deje por heredero?

—¡Bah! ¿Qué es eso? ¿Qué vale cualquier herencia en comparación del mundo, que será nuestro?

—¡El mundo!

—No lo dudes.

Antonio miró á su amo, creyendo que todo aquello era efecto de la borrachera.

Pero éste, que sorprendió tal vez su pensamiento, le dijo:

—Para que no creas que el alcohol me hace soñar

como á otros borrachos vulgares, voy á decirte el medio de que dispongo para realizar todo cuanto acabas de oír.

El mozo prestó gran atención, en la inteligencia de que iba á oír una cosa verdaderamente extraordinaria.

Y, en efecto, lo era.

Hé aquí lo que le dijo su amo:

—¿Quieres saber con quién cuento para realizar eso que te parece un sueño?

—¡Pues no he de querer!

El joven contestó, bajando la voz:

—¡Con el diablo!

Antonio lanzó una carcajada.

Luégo se puso serio, y exclamó:

—La broma es demasiado fuerte, y en esta ocasión hacéis mal en engañar á quien está desesperado.

—¡Cómo broma!—exclamó Juan con la mayor formalidad.

—Pero no me extraña: estáis en la octava botella.

—¡Imbécil! ¿Crees que iba á elegir una ocasión tan poco á propósito para chancearme!

—¡No he de creerlo, oyendo hablar así á un hombre como vos!

—Por lo mismo: sólo á un hombre como yo se le ocurren tales ideas.

—Sí; pero siempre después de haber bebido vino en abundancia.

—¿Luego supones que estoy borracho?

—¿Me dais acaso motivo para que suponga otra

cosa? ¡La culpa me tengo yo en dar crédito á vuestros dislates! Todo eso no impedirá que no tengamos esta noche un sitio donde recogernos.

—Vamos á ver. ¿Tú crees, ó no, en el diablo?

—La Iglesia lo enseña.

—¿Luego crees?

—¡Por fuerza!

—No, por fuerza, no; por voluntad, por libre albedrío. ¿Crees que habita entre las tinieblas del espacio, bajo las negruras del abismo, en todos los sitios sombríos y terribles de la creación, aquel ángel rebelde, tenebrosamente hermoso, á pesar de la estupidez de los pintores, que le adornan con rabo y cuernos; aquel sublime orgulloso, que se rebeló contra la voluntad divina creyendo valer tanto como el que le había sacado de la nada?

—Pues bien, sí.

—¿Crees que se comunica con los hombres alguna vez?

—No,—dijo Antonio, después de vacilar.

—La Iglesia tiene conjuros contra él: luego prueba que lucha con la Iglesia...; y para que sea eficaz esta lucha, le es forzoso ampararse de los hombres.

—Es verdad.

—Sin contar los endemoniados á quienes curó Jesús, tenemos allí las mil causas que se han seguido en la Inquisición contra brujas y hechiceros, quienes seguramente no estaban poseídos del espíritu de Dios.

—Seguramente.

—Si el diablo asiste á quien no le llama, mejor acudirá á la evocación del que le necesite.

—¡Bah!

—¿Crees que se resista á la voz de algún desesperado que le llame con fe?

Antonio vaciló un momento; su amo le estrechó, diciendo:

—¿Crees, ó no?

—Creo,—contestó aquél,—que no hay ningún hombre que le llame.

—Pero y ¿si le hubiera?

—Entonces...

—¿Acudiría el diablo?

—Sí.

—Pues bien, ese hombre seré yo.

—¡Vos!

—Esta misma noche evocaré al diablo..., y el diablo acudirá á mi llamamiento.



Antonio se apartó maquinalmente de su amo.

Éste hablaba con la convicción profunda de un hombre que está seguro de lo que dice.

Parecía ser dueño de alguno de aquellos terribles conjuros de que usaban en la edad media los iniciados en la magia negra, conjuros á los que el diablo no podía resistir.

Aquella conversación, aquellas palabras de un

hombre inspirado por el vino, no borracho, adquirirían un colorido terrible á los ojos del pobre Antonio.

La hora era á propósito.

Aunque brillaba aún el sol sobre los tejados, en la hostería empezaba esa penumbra del crepúsculo anticipado donde escasea la luz.

Las sombras avanzaban, pero no lo bastante para que se encendieran los velones.

El sol lucía aún, como hemos dicho, pero tampoco lo suficiente para que sus rayos luchasen con las sombras.

Éstas eran aún tinieblas, que iban á convertirse en negruras.

Pues bien, la hora hace á la conversación tanto como el sitio.

Si se habla de muertos en pleno día en medio de una reunión de muchachas bonitas y de alegres camaradas, todo el mundo se ríe, creyendo que la muerte no ha de llegar nunca.

Pero hablad del diablo en el atrio de una iglesia ó bajo el pórtico de un cementerio en una noche de tempestad, cuando fulgure el ígneo relámpago y el trueno haga oír su ronca y tremebunda voz, que se asemeja al estertor de un gigante, y veréis que el más esforzado tiembla y le sienta mal aquella conversación.

Por eso Antonio no las tenía todas consigo, como vulgarmente se dice.

La hora, la semioscuridad que allí reinaba, la enérgica convicción con que las palabras salían de en-

tre los abultados labios de su amo, el fuego que lanzaban sus ojos, que parecían hornillos del infierno, todo esto, en fin, le llenaba de pavor.

No hacía más que moverse de un lado para otro: cambiando de posición parece que se tiene menos miedo.

Esto produce cierto ruido, y el ruido acompaña.

Por último, le dijo á su amo:

—¿No os parece que sería mejor que variásemos de conversación?

—¿Por qué? —preguntó aquél.

—¿A qué hablar de una cosa que ninguna utilidad reporta ni á vos ni á mí?

—¿No has querido conocer los medios de que pensaba valerme para lograr mis intentos?

—¡Pero como cree que no los emplearéis!...

—Proporcióname otros más honrados.

Antonio calló, en señal de que no los tenía.

—Te digo que esta noche invocaré al diablo, —prosiguió su amo.

—Y el diablo se reirá de vos no acudiendo al conjuro.

—No era eso lo que me decías hace algunos años, cuando yo te enteré de lo que inspiraba en mí aquella célebre lavandera. Recuerdo que me aseguraste que era una forma que tomaba Satanás para perder mi alma. Luego si yo hubiera llamado á aquella joven que tenía el diablo en el cuerpo, según me decías, el diablo hubiera acudido á mi voz.

—Aquél era un caso distinto,—replicó Antonio, viéndose cogido en el lazo.

—¿Por qué no crees que acuda hoy?

—Porque el diablo no está al servicio de cualquier majadero, sin que esto sea decir que vos lo seáis.

—Ya lo sé...; ya sé que el espíritu de las tinieblas no puede ni quiere obedecer la voz del primer papantatas á quien se le antoje evocarle para preguntarle cualquier majadería. He leído algunos libros de diablología en la biblioteca del convento, y se me alcanza algo de esta materia. Sé que hay que escoger la hora, y sobre todo el sitio, porque de esto depende que la evocación tenga fuerza.

—¿La hora y el sitio?—preguntó Antonio temblando, por si una hostería era lugar á propósito.

—Y el día..., ó, por mejor decir, la noche.

—¡Ah!... ¿Eso también?... En efecto, parece que teníais previsto este caso.

—Ya ves cómo es bueno saber de todo.

—¿Habéis escogido esta noche?

—Es la más á propósito.

—¿Por qué?

—Por ser el *pervigilium* de San Juan Bautista.

—¡Ah!

—¿No has oído decir alguna vez que á las doce de ese misterioso *pervigilium* pasan cosas raras en el mundo?

—En efecto... Y aun yo mismo, cuando era pequeño, ponía á la luz de la luna una vasija con agua, y

echaba en ella un huevo de gallina negra, diciendo al mismo tiempo lo que quería ver.

—¿Y lo veías?

—¡Como os estoy viendo á vos!

Antonio mentía; pero como había transcurrido mucho tiempo desde que hiciera sus pruebas, no lo sospechaba siquiera.

Juan continuó:

—Hay también en el año otro *pervigilium* célebre como el de hoy, que es la noche que precede al primero de Mayo.

—Es la época en que los mozos cuelgan el ramo en la puerta de las mozas á quienes han elegido para galantear aquel año.

—Es verdad; en esa noche tienen lugar extraordinarios misterios: á las doce, todas las flores se abren para que la primavera vierta el polen que las fecunda en sus pistilos. Las ondinas salen á flor de agua en los arroyos y en los ríos para recibir el beso primaveral de la luna. Los ruiseñores se revuelven en sus nidos, y buscan á la hembra para murmurarle el más dulce de sus gorjeos.

En toda la naturaleza hay una apasionada inquietud; y los marineros que suben á la punta de los palos en esa hora solemne ven cosas raras en el mar.

—¿De veras?

—Esto está consignado en muchos libros por varones doctos y eminentes.

—Y ¿decís que el diablo?...